

VIVIR PARA VER



14 de Febrero

Justa Gómez Navajas

*Sólo acierta en amor quien se equivoca
y entrega mucho más de lo que entrega.
Después, toda esperanza será poca.*

Rafael Guillén

Pensó escribirle una carta. Pero enseguida desechó la idea. Las cartas ya no están de moda y, además, no tiene tiempo de escribirlas. Quiso, después, comprarle un regalo, pero no sabía si acertaría. Nunca le gustaron estas efemérides. Celebrar el Día de los enamorados se le antojaba algo parecido a celebrar el día de los que duermen o los que comen. Algo absurdo y más comercial que lógico. Porque el amor, si es de verdad, es cosa de todos los días y salpica todo el calendario. Y porque nunca a su vida llegó el amor para quedarse. Además, no sabía si tenía que celebrar o no el día de San Valentín. Si estar enamorado es que se venga un nombre y una imagen a la mente a cada instante, entonces debía celebrarlo, a pesar de que el 14 de febrero sea más bien una fiesta para los que aún siguen creyendo que el amor es para toda la vida. Tal vez también para los que piensan que es solo flor de un día. No tanto para los que han lanzado varias flechas de Cupido que no hicieron diana en su destino o no fueron correspondidas y regresaron para clavarse en el alma, de por vida.

Quizás no haya una palabra más desgastada que amor. Hasta el punto de que puede resultar tópica, manida y cursi. Se dice que amar es dar sin esperar nada a cambio. Y es, probablemente, su definición más genuina, la que más justicia le hace. Amores hay de muy distintos tipos: amor de madre (y de padre), amor de hijo, amor fraterno, amor propio, amor a la vida... Pero el día de los enamorados está pensado para el amor que, según Dante, "mueve el sol y las estrellas", para el que está impregnado de lo que Serrat llamaba "el orgullo de gustar". El amor..., ese misterio insondable, azaroso y capaz de dar sentido a la existencia; ese saber "que hay otro ser por el que miro el mundo porque me está queriendo con sus ojos"; ese "retraso milagroso de su término mismo", y, si llega el final, ese "largo adiós que no se acaba", que se siente más que nada en la resistencia a separarse, como dejó escrito de manera sublime Pedro Salinas. Para añadir: "a su fugacidad, con el alma del alma la llamamos lo eterno. Y un momento de él - de su tiempo infinito - si nos toca en la frente, será la vida nuestra". Es la dolencia de amor que, como advertía San Juan de la Cruz, "no se cura sino con la presencia y la figura".

Los escaparates se llenan estos días de regalos que pretenden envolver en papel rojo y con lazos lo que no puede comprarse ni venderse en tienda alguna: una mirada cruzada, una llamada, un toque al móvil, esa palabra a tiempo, una sonrisa cómplice y sincera, el detalle inesperado, un revoloteo por dentro de mariposas inquietas si se acerca... El amor es más que un cojín en forma de corazón, o dos nombres atravesados por una flecha... Mucho más que una promesa o un juramento. Más que intercambiar alianzas, que poner una lista de bodas y celebrar un banquete por todo lo alto, que, por exceso o por defecto, siempre será criticado. Es asumir un compromiso que traspasa la mera firma de unos papeles y que va más allá de las encorsetadas convenciones sociales, si es de ese amor blindado con el que no hay distancia que pueda, por ser la constatación de que al campo es imposible ponerle puertas, pese a que siempre haya alguien dispuesto a ponérselas, y a prohibir y condenar lo que a su cortedad de miras no convenga. Es unir vidas, derribar barreras, enterrar soledades, aunar proyectos, despojarse de egoísmos, arriesgarse a querer, apostar por alguien, aunque hiera y duela si se pierde la apuesta, darse a manos llenas sin pedir cuentas... Es buscar denodadamente el bienestar del otro; anteponer a la propia la voluntad ajena. Es ver el mundo con otra luz, con más brillo; la misma realidad, ayer gris y hoy pintada de mil colores y barnizada de una capa de ilusión nueva. Es abandonar los miedos y embarcarse sin temor a que suba la marea; creer que el sol sale, aunque llueva. Algo tan fuerte que mueve montañas de obstáculos y de indiferencia. Y tan frágil que puede quebrarse cuando menos se espera. Invisible y, a la vez, tan evidente, que no puede ocultarse, por más que se quiera.

Esto pensaba mientras le daba vueltas para ver qué hacía este año cuando llegara la anunciada fecha. Al final, decidió que, llegado el 14 de febrero, se limitaría a darle los "buenos días", como si nada, a simular un encuentro casual en la calle, a preguntarle cortésmente que cómo estaba. O, quizás, le mandaría un mensaje, o se limitaría a pinchar "me gusta" en un enlace suyo en las redes sociales. Una vez más se contentaría con escribirle unos versos inéditos, con escuchar su voz a lo lejos, con ver sus fotos... Tampoco este año se atrevería a decirle "te quiero". Pero un día, que no ha de tardar, andando el tiempo, se armaría de valor y le diría lo que sus ojos le vienen diciendo a diario, desde hace años, en silencio. Aunque hay cosas que se saben sin haberlas dicho nunca y que, por más que se callen dentro, se sienten y se respiran. Y no precisan de un día especial para decirlas.
